**La novela del mar (fragmento)**

**Mariano F. Beascoechea**

 Nos fuimos al mar, y al día siguiente, con las primeras luces, doblamos el cabo San Juan bien pegaditos a la costa, con el objeto de salvarnos de los *tide rips* que hacen hervir constantemente las aguas a pocas millas de aquel paraje; y rumbo al sur bajamos, barajando la costa del extremo oriental de los Estados. La mañana nos permitía contemplar, desde prudencial distancia los arrecifes y ver, de trecho en trecho, en el desplayado y los socavones de las rocas los enjambres de lobos que, amontonados sobre los despeñaderos dormían tranquilamente. Pero ni bien sintieron en ruido de la hélice se lanzaron al mar, levantando al caer columnas de agua, y luego se sumergieron para asomar después sus cuellos estirados, siguiéndonos con la mirada de sus ojos pardos y redondos.

 De Punta Fallows nos dirigimos a Puerto Vancouver, forzando la máquina y ayudándonos con las velas, porque el tiempo se ponía malo y nos era necesario llegar con luz de día al fondeadero. Felizmente, el viento y la corriente no nos eran contrarios; y con estos pocos favores del mar, nuestro *Golondrina* se convertía, sin esfuerzo, en un *destroyer.* Al pasar por la punta que limita hacia el este la bahía Blooson, vimos una muralla horadada, curioso desgaste que, con el pasar del tiempo ha hecho allí el batir de las rompientes. Al caer la tarde estábamos a la altura de la piedra Gilbert y, ya bien oscuro, pudimos fondear en un buen tenedero de arena, pero en 19 brazos de agua. Nunca las cadenas del *Golondrina s*acaron tantas chispas por sus escobenes como en aquella fondeada.

 Al otro día, al salir de Vancouver y después de rebalsar el cabo Kindall, ya con rumbo a las islas Dampier, destino principal de nuestra excursión, divisamos un *cutter,* que forzando su velamen se alejaba hacia el sudoeste. Nos imaginamos que sería el *Anita*, buque lobero que desde hacía tiempo realizaba sus piraterías por aquellas costas. Nos llevaba gran ventaja, pero decidimos atraparlo e iniciamos su persecución. Soplaba viento fresco del nordeste, favorable para la huida del *cutter* en su demanda de las escondidas ensenadas de Tierra del Fuego, pero si cortábamos su derrota antes de la noche, aquel pirata lobero podía darse por perdido. Pero el tiempo principió a ponerse hosco; desde el mediodía, chubascos huracanados agitaban las aguas y nubes espesas empezaban a cubrir los cielos; bajaba el barómetro y todo hacía prever que algo malo se nos venía encima. Y así fue para bien del *Anita*, que pronto quedó sumergido en los senos oscuros de la tempestad, cuyos primeros rugidos nos hicieron virar y poner proa a la bahía York de los Estados, que era el refugio más próximo que nos ofrecían las circunstancias. Los albatros gritaban y seguían nuestras luces, las nubes se movían bajas y amontonadas, y por la proa veíamos la sombra de la isla. A bordo era difícil mantenerse firme sin agarrarse a las barandillas en el puente o de las bordas de cubierta. Todo estaba mojado y resbaladizo; las sacudidas eran bruscas; y el oleaje, que nos alcanzaba con frecuencia, barría la cubierta de popa a proa. El Lemaire rugía y sus olas y sus vientos mezclaban sus ecos con los retumbos de las rompientes que batían todos los acantilados próximos. Veníamos con marcha mínima, la suficiente para poder gobernar y estar listos para dar máquina atrás en caso de peligro.

Tiempo hacía ya que navegábamos en estas azarosas condiciones, pues aunque teníamos situación y rumbo de confianza, no por eso perdíamos el temor de ir a estrellarnos contra alguna piedra. De pronto, en un recalmón, sentimos que bordeábamos un espeso pack de cachiyuyo, lo que nos avisaba o que estábamos próximos a algún escollo, o que ya navegábamos dentro de las aguas del puerto. Efectivamente, rozábamos el cachiyuyo que despide el islote Alejandro, indicio que nos sirvió para caer a babor en busca de un fondeadero que indicaba la carta, y allí llegamos, sondando constantemente, hasta alcanzar siete brazas de fondo, donde dejamos caer las anclas, dando gracias a Dios al vernos ya seguros y lejos de tantos peligros. Luego nos fuimos a dormir, dejando al *Golondrina* bien sujeto en aquellas aguas, sobre las que se mecía, repitiendo siempre su monótono crujido.

 Al amanecer nos encontrábamos cerca de unas rocas enormes, al reparo de altas montañas redondeadas y casi en el borde interior de un manchón de algas que nos defendía de la marejada como el mejor rompeolas.

 Después del almuerzo, ya bien repuestos de las fatigas de la noche anterior, nos largamos en un bote a tierra. Era la primera vez que descendíamos por aquellos parajes y estábamos deseosos de cambiar de panorama. Llegados a la playa, la recorrimos en alegre charla, internándonos luego en el bosque de la montaña. Allí caminamos sin rumbo por senderos húmedos, bajo la tupida bóveda de árboles, cuyo ramaje entrelazado no dejaba llegar al suelo ni un rayo de sol. Errábamos sin que ninguna huella dirigiera nuestros pasos; aquí y allí huecos cubiertos de hojas oscuras y marchitas, repechos tapizados de musgo esponjoso, árboles viejos y nuevos de ramaje escuálido, troncos caídos y podridos por la humedad y por todas partes tal quietud y silencio que dejaban en el alma una sensación de frío desconsuelo.

 Cansados de vagar entre aquellos valles encajonados y entre las pendientes de aquella selva sombría, decidimos regresar a la orilla para ver otra vez el mar y el cielo, cuando de pronto escuchamos a la distancia voces humanas, perfectamente claras.

 Nos detuvimos sorprendidos, haciéndonos mutuamente señales con el dedo en los labios para guardar silencio. Las voces volvieron a repetirse ya próximas. ¿Serán loberos? ¿Serán náufragos?

 —¡Haaloo! —gritamos.

 Pronto voces roncas y extrañas nos contestaron.

 —Haloo! Haloo! We are two sailors!

 —Come! Come! You have friends here! —respondimos.

 A poco andar sentimos quebrazones de ramas y luego dos hombres se nos presentaron, uno de los cuales parecía un atleta. Pasado el primer momento de expansión, nos contaron la aventura que los había traído hasta aquellos parajes, por donde hacía dos jornadas que vagaban sin norte, faltos de alimentos y extenuados. Eran dos espectros vestidos con harapos y retratando en sus semblantes impresiones diversas: las angustias atroces que habían padecido y las de una felicidad indecible al verse de pronto salvos y acompañados. Les hicimos saber dónde se encontraban, quiénes éramos y todos los medios de que disponíamos para socorrerlos y volverlos a su país; y como la tarde se acentuaba, apuramos el paso y, al llegar a la playa, tomamos el bote y regresamos a bordo todos juntos.

 Ya en el buque nos contaron sus peripecias. Una fragata, la *Mac Lellan*, de Glasgow, que venía en viaje con destino a California y de la que ellos eran marineros, se había incendiado hallándose como a 200 millas al sur de la isla; hicieron lo posible para extinguir el fuego, pero, al fin, las explosiones y las llamas obligaron al capitán y tripulantes a su total abandono. Tres botes de vela partieron de a bordo en la noche del siniestro, pero el mal tiempo, la oscuridad y los chubascos de nieve los separaron en tal forma que, al amanecer siguiente, sólo tenían un bote a la vista hacia el oeste, pero a gran distancia, al que dejaron de ver cuando, obligados por el viento huracanado, se decidieron a correr en popa.

 A los tres días y medio llegaron a la isla en su bote, al que tripulaban cuatro hombres. De todo esto hacía ya cinco días.

 —¿Y los otros? —preguntamos.

 —Están en tierra, en un puerto próximo hacia el oeste —respondieron.

 Una vez a bordo, y siguiendo las indicaciones de los náufragos, zarpamos con proa al oeste para irlos a buscar; y mientras tuvimos luz de día fuimos pegados a la costa, escudriñando bahías y ensenadas; pero así que cayó la noche, aunque ésta vino tranquila y clara, nos abrimos a prudente distancia porque no eran aquellas vecindades como para navegarlas entre sombras.

 Aquella noche fue larga y nos pareció sin término, el *Golondrina* sonaba sin descanso su sirena, cuyos silbatos, reproducidos por el eco, se mezclaban al eterno cantar de las rompientes; y entre las tinieblas se asomaban, como fantasmas, cabos y promontorios negros, más negros que la noche.

 Por fin esa claridad extraña, esa claridad pálida del amanecer, ese débil resplandor que precede a la salida del sol en las mañanas de invierno por aquellas latitudes, vino a dar término a la noche; y entonces comenzaron a destacarse, entre las brumas, por la proa, las aguas del Lemaire; más lejos, las sombras de las montañas fueguinas; y a estribor, a menos de dos millas, el promontorio con que avanza hacia el estrecho el Cabo San Bartolomé.

 Nada más desolado y desnudo que aquel panorama bajo aquel cielo, sobre aquellas aguas verdinegras, soñolientas y llenas de mugidos. Manchones espesos y compactos de aves marinas yacían sobre el oleaje, dejándose mecer, flotando a la deriva, tal vez dormidas. Mucho frío y varios grados bajo cero. Vagos jirones de nieblas, sin contornos, se arrastraban como largos velos sobre las montañas de la Tierra del Fuego, al impulso de los vientos húmedos del océano. Luego, apagados rayos de sol pusieron acá y allá destellos de una luz tímida y sin vida; y entretanto las aguas levantaban al *Golondrina* para dejarlo resbalar después y caer entre las ondas extensas que pasaban unas tras otras; y nosotros contemplábamos aquel cuadro con la conciencia de estar solos en medio de aquellas potencias, las cuales, por feliz casualidad, encontrábanse en reposo.

 Cuando clareó del todo y se perfilaron los detalles de las costas, iniciamos la recorrida hacia el nordeste, siempre por la parte sur de la isla y muy próximos a la tierra.

 Al llegar a la bahía sudoeste, vimos a la distancia dos bultos con apariencias de formas humanas, los cuales se agitaban sobre un peñón pegado a la playa.

 Nos aproximamos, y en un bote fuimos a recogerlos.

 Eran dos muchachos fornidos, pero en cuyas fisonomías se dibujaba cierta rigidez cadavérica. Les dimos agua con whisky y visitamos la vivienda que habían construido sobre la playa próxima con algunos troncos rotos, clavados en tierra y llenando los intersticios laterales con piedras y ramajes. Allí tenían sus camas hechas con arena y hojas y algunos víveres, como para cuatro o cinco días y no más.

 Dispuse que el bote salvavidas de los náufragos, con todos sus remos y velamen, se varara en la playa, bien al interior. Se le puso la quilla al aire y debajo un cajón con alimentos en conserva y un letrero, en sitio visible, con este aviso en inglés:

*Marineros: a 35 millas de aquí, hacia el nordeste (del lado norte de la isla) encontrarán una estación de salvamento que, para vuestra protección, sostiene el gobierno argentino. Allí encontrarán todo lo que necesiten.*

Debajo del letrero se dibujó un croquis de la costa y el sitio de la subprefectura.

Terminados estos pequeños trabajos, regresamos a bordo con los nuevos pasajeros y allí les dimos abrigos y les mostramos a sus compañeros, quienes seguían durmiendo. Los muchachos nos contaron que durante la noche anterior habían escuchado los silbatos de nuestro buque y visto la luz de los faroles de navegación, pero que no habían podido hacer fuego para avisarnos el sitio donde se encontraban porque todas las ramas estaban mojadas y con sus yesqueros no podían encender fogatas. Nos quisieron contar sus peripecias, pero no se lo permitimos, obligándolos a descansar.

Encontrados estos náufragos, lo urgente era buscar los otros botes desaparecidos, primero por las inmediaciones y después por las tierras próximas al sitio probable en que abandonaron la fragata.

Convenido el plan de la travesía, hicimos rumbo al puerto de Vancouver, practicando una prolija recorrida de la región sur de la isla.

Muy de mañana se despertó Williams, uno de los náufragos hallados el día anterior. Estaba entumecido, con sensaciones dolorosas en el cuerpo, en las piernas y en los brazos, pero poco a poco, como si fuera resucitando con lentitud, recobró el dominio de sí mismo.

Williams era un hombre joven, de hermoso aspecto y brazos musculosos, de cuello fornido, ojos azules y pelo rubio. Tenia la sonrisa que imprime el sufrimiento y los rasgos endurecidos de un marinero curtido en la intemperie de largas y frecuentes travesías. Los vientos y las olas lo habían sacudido y volteado por todas las latitudes. Sabía varios idiomas, aprendidos en sus viajes a bordo de buques de diversas nacionalidades. Había navegado por Terranova, cruzado muchas veces el *Gulf Stream*, soportado ciclones en las Antillas, visitado México y el mar de Java.

A la hora de almorzar los cuatro náufragos estaban despiertos. Se miraron como sorprendidos, como trastornados aún por las aventuras pasadas y como si no creyeran que ya tenían calor, alimento y albergue asegurados y todo aquello de que habían carecido en aquellos días en que, mojados y ateridos de frío, vagaban con la visión de una muerte terrible. Cantaron en inglés varias canciones de a bordo; y como ya a esas horas nos encontrábamos a la altura de Vancouver, hice rumbo al fondeadero para mandar desde allí hasta la subprefectura de San Juan a los náufragos acompañados por el alférez Guttero.

Había en puerto Cook, en previsión de cualquier incidencia, un bote con toda su palamenta, víveres secos, etc.; así que con esa ayuda Guttero podía llegar a San Juan antes de la noche, pues la travesía por la tierra de Vancouver y Cook era corta y fácil, y de Cook a la subprefectura cuestión de horas. El viento era suave, el cielo estaba claro, lo que permitía prever muchas horas de buen tiempo. Hice quedar a Williams con nosotros, pues nos podría resultar necesaria su presencia en la búsqueda de los náufragos de la *Mac Lellan* que íbamos a emprender de inmediato.

Una vez que Guttero desembarcó junto a los tres ingleses, hicimos rumbo al sur en demanda del sitio probable de la catástrofe, el cual era posible determinar por los informes de Williams.

Pero no siempre responde la realidad a la esperanza. Llegamos a la zona probable, pero sólo la alteraban de horizonte a horizonte la inmensa curvatura del mar y las crestas de un oleaje manso.

En vano nuestros anteojos se empeñaban en descubrir una sombra, un mastelero, un resplandor cualquiera. En vano cambiamos el centro de aquel círculo, avanzando o retrocediendo por rumbos diferentes; siempre la misma soledad por todas partes, soledad de olas con mugidos apagados de viento. Sólo vimos en medio de aquella taciturna inmensidad, a larga distancia, grandes ballenas que parecían acercarse y después se alejaban lanzando grandes columnas de agua que brillaban sobre el fondo oscuro de aquellas lontananzas desiertas.

Sin perder las esperanzas de traernos a remolque por lo menos el casco de la *Mac Lellan*, hicimos rumbo al oeste, acercándonos por el norte a las islas Barnevelts y de allí, con proa al poniente, cruzamos la bahía Arquistade y fondeamos en un puertito de la isla Herschel que nos salió al paso.

La tarde estaba de mal cariz; negros nubarrones cubrían el cielo, ráfagas violentas caían de vez en cuando haciendo estremecer a nuestro *Golondrina*, el que, bien prendido con sus anclitas, acostaba sus bordas en el agua hasta que las rachas le permitían adrizarse.

Habíamos anclado entre unos promontorios desnudos, protegidos por un montón de rocas en donde la marejada se sacudía, cubriéndolas de espuma. Sobre nuestras cabezas soplaba terrible el viento del Cabo de Hornos.

Después de una noche en la cual no dormimos muy tranquilos a causa de justificados sobresaltos, zarpamos en demanda del canal Franklin entre un semillero de islas, rocas y promontorios de todos tamaños y del más variado aspecto.

Hacía muy buen tiempo, con promesas de larga duración; el barómetro y el cielo confirmaban nuestras esperanzas, así que seguimos al oeste, aproximándonos al falso Cabo de Hornos, para de allí hacer rumbo al cabo Brisbone. Pero cuando la noche principió a anunciarse nos abrimos con rumbo al sur, aminorando la marcha hasta reducirla a una velocidad mínima.

Queríamos recorrer la costa con plena luz, pues sólo así podíamos encontrar a los náufragos, para lo que con las primeras claridades del día siguiente viramos rumbo a tierra, y, cuando se levantó el sol, vimos a la distancia toda la Tierra del Fuego, mostrándonos sus cadenas de montañas, sus vértices cortados, sus conos agudos y sus masas de nieve a 1.000 y 1.500 metros de altura. Se adivinaban los innumerables brazos de mar que se internan entre sus tierras en todas direcciones y veíamos las rocas y los témpanos, los arrecifes y los blancos penachos de las rompientes que baten todas sus orillas. Cuando el sol las iluminó de lleno y sus rayos hirieron los costados de las montañas distantes, haciendo variar los colores con efectos indescriptibles de luz y sombra, toda aquella región apareció envuelta en la misteriosa grandeza de su inclemente soledad.

Con tan hermoso día, nos aproximamos a la costa y recorrimos desde el cabo Brisbone hasta las proximidades del cabo Alikoolip. A la caída de la tarde estábamos pegados a la costa sur de las islas Londonderry, donde encontramos una pequeña ensenada que, rodeada de montañas, nos ofrecía, dentro de sus tranquilas aguas, un buen abrigo para pasar la noche. Allí nos quedamos; y cuando las tinieblas ocultaron la severa y grandiosa naturaleza que nos circundaba, era solemne escuchar el murmullo incesante de las cascadas como apagados quejidos del océano. Al despertar el día levantamos el ancla y, dejando aquel pintoresco puertecito, hicimos rumbo a la isla Treble y, de allí, contorneando la isla Camdon, fuimos en busca del paso de Brecknock, que perdido entre las brumas por la proa se divisaba en lontananza. El *Golondrina* con sus cilindros cargados de vapor y sus hornos repletos con los últimos restos de las carboneras, corrió sobre las olas y contra ellas, cuya pujanza contrarrestaba con sus máquinas y sus velas de cuchillo que crujían bajo el azote del viento.

Llegado al Brecknock, el golpe de vista fue magnífico. Allí estaban las furias. ¡Furias del este, furias del oeste! Arrecifes, promontorios, islotes, piedras, picachos, se asomaban como obstáculos bravíos en aquel interior salvaje. Allí rugía el mar y rugían los vientos; las olas estremecidas de dos océanos se chocaban entre torbellinos de espuma, y en extraño concierto se mezclaban los alaridos de las rachas con los ecos profundos de los remolinos de aguas agitadas que se internaban en las hendeduras de los peñascos.

Son allí bravías las escenas y extraños los ruidos del mar. La ola se forma, se levanta, crece y apenas golpea en la piedra, en el picacho, en la roca inmensa, rompe y baña la orilla, se desvanece luego en su propia extensión; otra ola llega con más ímpetu, choca con ruidos sordos, se derrama y, antes de aquietarse, una tercera, que viene bramando vigorosa, la envuelve, la incorpora a su masa y marcha con ella a estrellarse contra la muralla. Entonces se ve elevarse sus crestas más allá de las cimas, cataratas de espuma caen como inmensos plumeros blancos, sobre los cuales los rayos solares, al refractarse, producen múltiples arco iris que se dibujan en un copioso raudal de gotas; y se escucha luego un estampido formidable que otras murallas, a distancias propicias, repiten con ecos gigantescos que se multiplican hasta perderse con rumores profundos. Hay estrépitos en las rocas, bramidos en el torrente, choques de avalanchas en medio de los aullidos de los vientos. Allí todo es salvaje y áspero, todo zumba, se estremece y ruge. Con razón escribió en sus narraciones el célebre Fray Mocho:

*“Franqueando el canal Cockburn y abierto ante nosotros el de Brecknock mi espíritu se sobrecogió de espanto”.*

Allí el océano habla con los vientos y las rocas que gimen como aterradas por los discordes acentos de las ráfagas que van, vienen y pasan y vuelven otra vez. Allí las nubes parecen fantasmas que disparan cambiando de formas.

Al dejar el Brecknock, continuamos la navegación barajando la costa de la isla London en demanda del puerto Townhend, donde pasamos la noche sin dormir, a causa de las malditas rachas que descendían del monte Horacio. Muy de mañana zarpamos, navegando de prisa para poder llegar con luz al fondeadero de La Romanche; y fueron muchos los cuadros de soberbia grandeza que nos sorprendieron ese día. De pronto navegábamos flanqueados por enormes masas de granito sumidas en una soledad llena de ruidos extraños; torrentes caudalosos caían de las cimas entre el bosque; rocas de contornos caprichosos que aparecían a la distancia estatuas sobre inmensos pedestales, arcos y grutas que se desvanecían entre brumas y se perdían en las vueltas interminables de nuestro derrotero. De pronto se bifurcaban los canales, brazos de mar se abrían, valles rodeados de vertientes. Y así, sobre las aguas de aquellos parajes, navegaba el *Golondrina*.

Cuando íbamos atravesando la bahía Desolada, descubrimos a lo lejos el monte Sarmiento. Su cúspide, a más de 2.000 metros, se erguía coronada de una extensa blancura.

Al iniciarse la tarde ya navegábamos por el brazo norte del canal de Beagle, cuyas aguas profundas, encajonadas entre aquellas grietas inmensas parecían un cristal sobre el cual se reflejaban, a uno y otro lado, las montañas próximas, con sus nieves eternas y sus ventisqueros azules, hasta tocar sus orillas.

Ya de noche llegamos al puerto de La Romanche, y al día siguiente fondeamos en Ushuaia para proveernos de agua dulce, carbón y víveres frescos.

¡Cuán grata fue, para nosotros, aquella corta estada después de la larga recorrida que acabábamos de realizar!

Todos nuestros esfuerzos habían resultado inútiles. Ni el más leve rastro o despojo pudimos encontrar por aquellas costas y playas. En vano nos habíamos internado por todos los canales fueguinos, arriesgando nuestro buque entre los peligros que rodean sus costas. Ninguna señal de botes ni de náufragos. ¿Dónde estaban aquellos hombres a quienes con tanto encono perseguí el destino? ¿Dentro de qué aguas se había sumergido aquel buque? ¿Sobre qué restingas o rompientes aquellos felices habían abordado la costa? ¿Dónde podrían andar, si es que aún vivían? ¿Qué destino fatal los persiguió, que no dejaron la más ligera huella de su paso?